



Por YELANDI MILANÉS GUARDIA  
ymguardia@gmail.com

RECIENTEMENTE conversaba con una antigua profesora, aún activa, sobre algunos dolores de cabeza que hoy sufren los educadores con los estudiantes. Entre los problemas sobresalía la necesidad de una estrecha alianza entre padres y maestros, para mejorar la educación.

A colación vino el tema de los progenitores que no se ocupan de si sus hijos asisten a la escuela, realizan las tareas, estudian o tienen un buen comportamiento en el aula, lo cual, evidentemente, trae consecuencias nefastas en la formación de las nuevas generaciones.

Mi apreciada pedagoga refería que es como si algunas familias hoy se hubieran desentendido de los menores y adolescentes, porque, según ellas, todo cuanto acontece en la escuela solo es responsabilidad del profesor.

Un pensamiento muy equivocado, si se tiene en cuenta cómo la mayor parte de la vida de los imberbes transcurre en la casa y en el centro escolar y, por tanto, las máximas figuras de esos ámbitos deben trabajar en función de una formación adecuada, para potenciar conductas y personalidades que contribuyan a mejorar la sociedad.

Lo más preocupante para mi maestra es la ausencia de apoyo y hasta la agresividad de muchos pa-

dres, cuando sus hijos son regañados o castigados, debido a malos comportamientos.

"Vienen hechos unas fieras -decía mi interlocutora- y los que se disponen a conversar pacíficamente intentan, de algún modo, quitarle autoridad frente al menor". Evidentemente, ello trae consecuencias funestas, porque es el pedagogo la mayor figura y el máximo responsable de lo que acontece en el aula.

Mientras exista divorcio y no alianza entre la familia y los educadores, los estudiantes serán los más perjudicados y, a la postre, la sociedad, porque un adolescente no controlado en su casa ni en el centro escolar, se desarrollará sin respeto a las leyes que rigen en esos

ámbitos, y luego, probablemente, trasladará ese irrespeto a su entorno social.

La familia debe entender la educación de sus descendientes como responsabilidad de progenitores, tutores legales y educadores, y dar la razón a los profesores, cuando la tienen, no implica perjudicar a nuestros hijos, sino desempeñar un importante deber que nos corresponde.

Corregir en edades tempranas malos comportamientos debe ser una premisa del hogar, unido a la escuela, para que juntos encaucen a los menores por la senda más correcta y beneficiosa, porque, de alguna forma, nos favoreceremos o perjudicaremos con la conducta y la personalidad de los hombres y mujeres del mañana.



Por DAYAMI MONGES CORRALES  
dayamimonges99@gmail.com

A propósito del Día de las madres, celebrado en nuestro país cada segundo domingo de mayo, recuerdo que hace poco, en la ciudad de Bayamo, fui hasta el parque cuyo nombre rinde homenaje a nuestras figuras maternas.

Ubicado entre las calles Carlos Manuel de Céspedes y Máximo Gómez, del Centro Histórico, se erige como ejemplo del abandono y el desinterés hacia algunos sitios que, por su valor, son atractivos de la urbe para el desarrollo turístico.

Sin embargo, no es el único lugar con tales características. El parque Retablo de los Héroes muestra a

## Otras cenizas en Bayamo

ojos públicos el pórtico del antiguo cementerio de San Juan. Esa capilla que vemos al cruzar la calle Amado Estévez, por la arteria José Martí, funcionó como entrada del primer cementerio al aire libre del cual se guarda registro en el continente americano. Hoy la estructura está inclinada y con profundas grietas en las paredes.

La restauración de los sitios patrimoniales, históricos, culturales, de interés general, implica la asignación de un presupuesto con el objetivo de renovar los monumentos y el entorno de ellos. No solo se planifica con la intención de pintarlos, sino para prevenir el deterioro desde los cimientos, por tanto, urge pensar en la imagen y preservación de los antes mencionados y otros más.

Bayamo, ciudad de referencia por su historia, no debe mostrar decadencia a locales, nacionales o extranjeros, cuando se expone como la Cuna de la Nacionalidad Cubana.

Necesitamos sentir la pasión por la tierra que habitamos, con el deseo de transformar, modernizar, renovar la urbe. Al final, es también nuestra imagen y nuestra proyección hacia el mundo.

Si algo nos distingue, superior a la humildad, sería el legado histórico y los símbolos identitarios de estas memorias. El poder de velar por su integridad radica en nosotros y en cuánto tengan de relevancia para cada uno.

Tal identidad debiera manifestarse como la idea martiana que expresa: "A la patria no se le ha de servir por el beneficio que se pueda sacar de ella, sea de gloria o de cualquier otro interés, sino por el placer desinteresado de serle útil".

Para los granmenses, el espacio chico del cual habla José Martí, es esta provincia, y de la misma forma en la que las autoridades administrativas tienen la obligación de distribuir y hacer cumplir el presupuesto entre las tareas de conservación, los pobladores adquieren el deber de cuidar los lugares y construcciones representativos.



Por FÁTIMA POMPA FRÓMETA  
fati99pf@gmail.com

POR estos días, decisivos para nuestros estudiantes de la Enseñanza Media Superior, cuando se comprobará el temple y el esfuerzo, considero necesaria la siguiente reflexión.

Un auténtico padre o maestro debería ser muy exigente antes de los exámenes y misericordioso después de ellos. Muy exigente, porque el estudiante necesita descubrir que un suspenso ganado por vagancia o desinterés es, moralmente, un robo a los padres y a la sociedad.

Requeriría, sobre todo, explicar a los jóvenes, muy bien, cómo eso de que el genio nace encierra verdad, pero, si se absolutiza, puede resultar peligroso. Existe, sí, algún Mozart, pero, a la larga, de cada mil niños prodigios solo uno triunfa y, por lo general, la genialidad se nutre del trabajo nuestro de cada día.

## Animar al suspendido

Recuerdo ahora el caso de Albert Einstein, uno de los padres de la ciencia moderna. Sus biógrafos lo describían como un muchacho especialmente retrasado. Suspendió el primer examen de acceso a la Escuela Politécnica de Zurich, sus profesores afirmaban que no llegaría nunca lejos y además era incapaz de memorizar.

Charles Darwin, el padre de la teoría de la evolución, fue acusado de vago y soñador, y a Thomas Alva Edison, inventor de la bombilla incandescente, lo sacaron del colegio por ser un estudiante inestable y desesperante.

Stephen Hawking, célebre científico que profundizó sobre los agujeros negros, se aburría en la Universidad y no se sentía motivado para esforzarse. Además, Bill Gates, fundador de Microsoft, necesitaba un incentivo económico por parte de sus padres para sentarse a estudiar.

Miguel de Unamuno, escritor de la Generación del 98 y autor de obras como Niebla, suspendió Literatura. En el expediente de Lorca hay un desaprobado en Historia de la Lengua Española, y Marguerite Yourcenar, autora de **Memorias de Adriano**, ni siquiera pasó por la escuela.

Posiblemente a muchos estudiantes poco les importe el puesto en los llamados escalafones, pero esto no se debe subvalorar. Algunos números uno resultan luego mediocres en la vida y, con frecuencia, son los chicos ubicados hacia el medio de la lista quienes muestran mayores potencialidades.

Admiro mucho más el coraje y el trabajo que el genio y la inteligencia. Los triunfadores no son aquellos a quienes les salen rayos luminosos de la frente, sino los que ponen codos y voluntad en sus tareas; sa-

ben proponerse objetivos claros y enfocarse hacia ellos.

Estoy plenamente de acuerdo con aquella afirmación de Bernard Shaw: "El genio es una larga paciencia", y con la de Joubert: "El genio comienza las grandes obras, pero solo el trabajo las termina"; además con Beethoven: "El genio se compone de un dos por ciento de talento y de un 98 por ciento de trabajo".

Debemos convencer a los estudiantes de que la inteligencia no vale sin el coraje, en los dedos las ampollas sobrepasan en honra a los anillos y en los triunfadores hay siempre una parte de intuición, pero nueve de perseverancia. Un suspenso solo es peligroso en dos casos: primero, cuando uno se ríe de él, y segundo, cuando uno se tumba encima de él. Tendrán derecho a desalentarse cuando lleven 232 fracasos, no antes.